

Ciencia ficción y discusión política en la URSS: la obra de Kirill Bulychev.

Neme Tauil, Ricardo Martín.

Cita:

Neme Tauil, Ricardo Martín (2011). *Ciencia ficción y discusión política en la URSS: la obra de Kirill Bulychev. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/73>

Número de la mesa: 11

Título de la mesa: Estudios de Rusia y de Europa Central y Oriental

Apellido y nombre de los coordinadores: Adamovsky, Ezequiel y Várnagy, Tomás

Título de la ponencia: Ciencia ficción y discusión política en la URSS: la obra de Kirill Bulychev

Apellido y nombre del autor: Neme Tauil, Ricardo Martín

Pertenencia institucional: Cátedra de Historia de Rusia, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Documento de identidad: 27918167

Correo electrónico: rmneme@gmail.com

Autorizo publicar el texto de mi ponencia.

Ciencia ficción y discusión política en la URSS: la obra de Kirill Bulychev

Introducción

Quien alguna vez hubiera visto *La Guerra de las Galaxias*, *Los Supersónicos* o *Futurama*, o hubiera leído los escritos de Isaac Asimov o de Arthur Clarke, sabe que si bien todos incluyen al futuro como uno de sus objetos principales, la visión que de él tienen está irremediablemente anclada al presente en el que las obras fueron forjadas, tanto en sus formatos como en los temas que tratan. Como se encargó de mostrar Bruce Franklin al referirse a la ciencia ficción norteamericana, la sociedad en la que los distintos autores estuvieron inmersos moldeó, en más o en menos, los supuestos de los cuales partieron, la intencionalidad que imprimieron a sus trabajos y los mismos temas que los obsesionaron.¹ En tiempos de la guerra fría, tan cargados de la retórica militarista, de la de una guerra nuclear inminente y de la de la carrera espacial, la ciencia ficción a nivel mundial se hizo eco de ella en películas, series televisivas, libros e historietas.

Acostumbrados a escritores como Serguéi Esenin, Mijaíl Bulgákov, Borís Pasternak, o Aleksandr Solzhenizyn,² la producción artística soviética no parece haberse destacado por la ciencia ficción³ a pesar de que siempre hubo un cierto número de publicaciones en distintos formatos y de películas de este género,⁴ y en muchas ocasiones su consumo fue masivo.⁵

¹ Howard Bruce Franklin, *War Stars. Guerra, ciencia ficción y hegemonía imperial* (Buenos Aires, 2010).

² A pesar de haber nacido en la joven Rusia soviética de 1920, no me parece pertinente incluir en esta lista a Isaac Asimov, emigrado a los 3 años y cuya producción se desarrolló eminentemente en los Estados Unidos.

³ Solomon Volkov, por ejemplo, no le concede ni una sola referencia a este género en su larga lista de autores. Solomon Volkov, *El Coro Mágico. Una historia de la cultura rusa de Tólstoi a Solzhenitsyn* (Barcelona, 2010). Ettore Lo Gatto, a pesar de reconocer que la literatura de ciencia ficción posee “numerosísimos adictos” en la Unión Soviética solamente le otorga un espacio poco mayor a media carilla. Ettore Lo Gatto, *La literatura ruso-soviética* (Buenos Aires, 1973), pp. 412-413. No quisiera por ello dejar la impresión de que nada se publica sobre esta área. Los estudios sobre el tema son diversos e incluso universidades como la University of California, Los Angeles se han dictado cursos específicos (<http://kogni.narod.ru/sfiction.htm>, consultado el 2/5/2011).

⁴ Existen algunos estudios sistemáticos sobre la ciencia ficción soviética, como el de Rosalind J. Marsh, *Soviet Fiction since Stalin: Science, Politics and Literature* (Londres, 1986) (reseñado por Natasha Kolchevska, *The Slavic and East European Journal*, vol. 32, núm. 4 (invierno 1988): 667-669) o el de Robert Magidoff, *Russian Science Fiction* (Nueva York, 1964). A ninguno de ellos he tenido acceso completo aún.

⁵ Frank H. Tucker, “Soviet Science Fiction: Recent Development and Outlook,” *The Russian Review*, vol. 33, núm. 2 (abril 1974): 200. Una opinión diferente posee Leon E. Stover. Partiendo de la base, al igual que Tucker, de que la ciencia ficción se liga al desarrollo industrial, si bien reconoce que países como Japón o la Unión Soviética tuvieron producción en este campo, no les reconoce masividad en la producción (aunque sí en la lectura) y ni siquiera se toma el trabajo de analizar a sus obras, en un campo que considera como “un

La literatura rusa ya incluía antecedentes en ciencia ficción que se remontan a los tiempos de Catalina II.⁶ Desde ese momento, y a lo largo de los siglos XIX y XX, este género abarcó desde trabajos cuyas implicancias políticas directas eran prácticamente nulas hasta otros que poseían planteos de democratización o de propaganda. Obviamente en tiempos de la Unión Soviética hubo obras, como la película *Zvezdolet* (1936), que echaron mano del realismo socialista. Durante los años de la guerra fría los dos bandos se cruzaron acusaciones respecto de las falencias de lo que el otro producía en esta área, cada uno con artistas inmersos en contextos productivos diferentes. Estados Unidos y el Reino Unido eran acusados de producir material de tipo burgués, superficial y con conceptos demasiado fantásticos (como la cuarta dimensión o la antimateria). Según Frank H. Tucker,⁷ la ciencia ficción rusa se caracteriza por poseer gran cantidad de personajes, por darle una importancia central al sistema político y a la ideología y por poner énfasis en el esfuerzo colectivo. De todos modos, a pesar de las discrepancias ideológicas y estilísticas, en la Unión Soviética se publicó una cantidad considerable de material escrito por autores estadounidenses y de otras nacionalidades.

No obstante este aparente éxito, como afirmaba antes, la ciencia ficción no fue un género que se tuviera en alta consideración en el mundo de las artes soviéticas. Las grandes películas como *Aelita* (1924), de Yákov Protazánov, auspiciada incluso por Anatoly Lunacharsky y previa a los momentos más duros de la ortodoxia estética, *El viaje cósmico* (1936) de Vasili Zhuravlyov, *Solaris* (1972) de Andréi Tarkovski, o *Kin-dza-dza!* (1986) de Georgi Daneliya son más bien la excepción que la regla. Algo de esto se refleja en que recién en 1981 la ciencia ficción soviética poseería un galardón específico que la celebrara, el premio Aelita, establecido por la revista *Uralsky Sledopyt* (Уральский Следопыт, aún en circulación)⁸ y la Unión de Escritores. El premio habría de inaugurarse con Alexander Kazantsev y con los hermanos Arkady y Borís Strugalsky.

Desde la época de los zares la literatura en Rusia ha servido como una forma privilegiada para la discusión política. La amenaza de ser reprimidos obligó a los artistas a hallar formas creativas de presentar las problemáticas si querían que sus obras circularan

producto distintivamente norteamericano”. Leon E. Stover, “Anthropology and Science Fiction,” *Current Anthropology*, vol. 14, núm. 4 (octubre 1973): 471-474.

⁶ Tucker, “Soviet Science Fiction...”: 189-200.

⁷ Tucker, “Soviet Science Fiction...”: 193.

⁸ El sitio oficial es <http://www.uralstalker.su/> (consultado el 2/5/2011).

legalmente. Muchos debates se plasmaron como diálogos entre personajes o simplemente como la descripción de una situación ficticia que los lectores pudieran vincular con elementos de la realidad. Huelga decir que en no pocas ocasiones las autoridades supieron interpretarlas y tomaron medidas ya sea para impedir el acceso a la obra o directamente para reprimir al escritor. En los años donde el pesado manto de la estética oficial soviética, la del realismo socialista, se condenó al silencio a una gran cantidad de estilos literarios y fílmicos, período que se acompañó de una furibunda caza de brujas. Si la muerte de Iósif Stalin en 1953 permitió que lentamente se abriera una brecha en el mundo intelectual y se perfilara una nueva *intelligentsia* que comenzara a cuestionar al realismo socialista y a otros aspectos del estalinismo, fue el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1956 y el célebre *informe secreto* de Nikita Jruschov el que permitiría una crítica oficial del pasado y alimentaría múltiples expectativas de los intelectuales.⁹ Es en este marco, de la llamada *desestalinización*, que muchas personas regresaron del exilio o de los campos de concentración, como Aleksandr Solzhenitsyn, y con sus relatos nutrieron un cuerpo de ideas en torno al pasado reciente. La opaca fórmula de “culto a la personalidad” con la que Jruschov pretendía dar por cerrada la crítica al estalinismo, no fue más que la piedra de toque que empujó a buscar realizar un análisis más profundo del período y del sistema soviético. Se abrió así un período liberalización conocido como *deshiello*, en el cual se toleró un conjunto de manifestaciones de la *intelligentsia* sobre la necesidad de democratizar el sistema sin que ello implicara en la mayoría de los casos, como el del poeta Yevgeni Yevtushenko, un repudio al comunismo soviético. Empero, pronto la liberalización se topó con límites estatales.¹⁰ No era posible montar un debate abierto, pero ya los tiempos habían cambiado. El realismo socialista, que siguió siendo estética oficial y tiñendo muchas obras hasta el final de la Unión Soviética, se fue erosionando y vaciándose de contenido.¹¹ El XXII Congreso del Partido de 1961 dio nuevos bríos al proceso de

⁹ Boris Kagarlitsky, *Los intelectuales y el estado soviético de 1917 al presente* (Buenos Aires, 2006), pp. 161-226.

¹⁰ Un caso arquetípico fue la forzada renuncia de Borís Pasternak al Premio Nobel en 1958. Volkov, *El Coro Mágico...*, p. 232.

¹¹ Este cambio en el contenido de la literatura publicada fue percibido tempranamente por muchos analistas. Véase, por ejemplo, Vera Sandomirsky Dunham, “Inference from Soviet Fiction,” *Slavic and East European Journal*, vol. VI, núm. 4 (1962).

desestalinización.¹² De todos modos la relación entre *intelligentsia* y gobernantes siguió siendo tensa y no desprovista de frecuentes castigos a los miembros del primer grupo. Hacia 1965 se produjo la caída de Trofim Lysenko, y con ella cayó la ciencia estalinista. Sin embargo la dilatada era de Leonid Brezhnev acababa de comenzar y con ella llegaron las frustraciones de los ideales reformistas, donde la desilusión fue la marca de la época. A la estabilidad se le agregó como contrapartida la renuncia a nuevas liberalizaciones y fuertes recortes a algunas conquistas de la época del *deshielo*.¹³

A este momento de la historia intelectual de la Rusia soviética refiere este trabajo. Su propósito es analizar parte de la obra de ficción producida por Kirill Bulychev (nacido como Игорь Всеволодович Можейко, 1934-2003), la novela corta *Media Vida*.¹⁴ Historiador especializado en Estudios Orientales, escritor prolífico, traductor (sus traducciones incluyen, entre otras, a obras de Jorge Luis Borges, de Graham Green y guiones de ciencia ficción norteamericanos) y guionista ruso, Bulychev no sólo fue capaz de hacer profundas reflexiones sobre aspectos de su realidad y disfrazarlos con la etiqueta de ciencia ficción, género en auge en aquellos años como mencionaba más arriba, sino que la habilidad de su pluma le valió incluso el ser laureado por el estado soviético (y luego por el ruso, al recibir en 1997 el Premio Aelita). Bajo el paraguas de robots, naves espaciales y tecnología del futuro, que incluso llegó a colocar en situaciones tan trilladas como la Gran Guerra Patria, a la vez que parecía cumplir con toda la ortodoxia que el régimen exigía, sus trabajos, y sobre todo la obra que a continuación analizaré, invitaban al lector a repensar la propia cotidianeidad al pintar con naturalidad la desobediencia, a veces de hecho exaltada, el individualismo, la burocracia alejada de la realidad, regímenes autocráticos y despersonalizados, e incluso alguna afirmación general que fuera del contexto en el cual está escrita podría haber sido vista como desafiante. Síntoma de una época, la obra de Bulychev se inserta en la larga tradición rusa de discusión política en las letras.

¹² Este Congreso tuvo una importante huella de la guerra fría. Entre sus delegados se hallaban los primeros cosmonautas y los científicos que habían hecho posible su vuelo. Tucker, "Soviet Science Fiction...": 195.

¹³ Kagarlitsky, *Los intelectuales y el estado soviético...*, pp. 227-305.

¹⁴ Kirill Bulychev, "Media Vida", en *Media Vida en el Espacio* (Buenos Aires, 1979), pp. 15-82. De aquí en más, todas las referencias de páginas entre paréntesis remiten a esta edición. La publicación original en ruso data de 1977. La edición castellana está prologada por el mismísimo Theodore Sturgeon.

Media Vida: la cotidianidad pintada de ciencia ficción

Más allá del inmenso placer estético que pueda producir el leer cuentos de ciencia ficción, igualmente interesante puede resultar el encontrar en ellos una ventana que nos permita observar a la sociedad en la que fueron producidos. *Media Vida* resulta así una obra que contiene una perspectiva particularmente lúcida, una interesante caricatura de su vida cotidiana.

Impregnada de decenas de tecnicismos propios del género, la historia desplegada en este libro es la de una sencilla muchacha, Natasha, enfermera en una aldea rusa nacida en 1923 (las fechas escogidas por el autor parecen no ser nada azarosas). Tras servir en un hospital durante la Segunda Guerra Mundial, en tiempos de paz se casa, tiene una hija pero enviuda pronto por un accidente automovilístico. Mientras está en un río es secuestrada en agosto de 1956 por una nave espacial, de una civilización desconocida que está en busca de un muestrario de seres vivos de distintos lugares del universo. Allí pasa largos años durante los cuales conoce a seres de otros planetas en su misma condición. En ese tiempo llevó un diario donde dejó registradas sus vivencias hasta el día en que, complotada con seres a los que llama holoturias, es muerta en su intento por escapar. El diario es hallado abandonado unos cien años después en la nave, ya fuera de funcionamiento, por tres astronautas, Pavlysh, Dag y Sato, quienes se maravillan por el relato y lo regresan a la Tierra.

La primera parte de la novela refiere exclusivamente a lo que sucedió justo antes del momento del secuestro de Natasha, y allí en nada se parece a una típica novela de ciencia ficción, aunque ya comienzan a colarse algunos elementos que no suenan muy ortodoxos a la retórica oficial. Natasha es una ciudadana soviética, nacida ya bajo la sociedad nueva que el socialismo construía, pero que no le ofrece las oportunidades de desarrollo que otros sí tuvieron (pp. 20-22, 38). Tras la muerte de su padre no pudo ir a la universidad debido a que a su madre se le hacía demasiado difícil trabajar sola en una granja colectiva. Sin embargo, después pudo estudiar enfermería y servir en el ejército, a pesar de lo cual vive corta de dinero. Vale decir que estamos ante el retrato de una madre que trabaja duro y que se sacrifica por sus semejantes, un verdadero arquetipo oficial del ser soviético,¹⁵ a pesar de lo cual muchos de sus proyectos personales están frustrados y ni siquiera puede disfrutar de

¹⁵ Reúne, además, otros atributos, como el ser atea, metódica, rusa, el haber sufrido en carne propia los efectos de la Gran Guerra Patria, adusta en sus modos, etc.

un mínimo conjunto de comodidades materiales. Además, en un país donde la pornografía no sólo fue siempre ilegal sino que desde finales de la década de 1920 en la estética de películas y libros la manifestación del erotismo estaba prácticamente suprimida, no deja de llamar la atención ver a un personaje como Timofey Fiodoróvich que mira con deseo erótico a la mujer de su difunto hermano.

De todas maneras, esta conducta de Natasha de desinteresado sacrificio por los demás y totalmente desapegada a lo material será exaltada en el resto de la historia, algo que probablemente haya sonado agradable a los oídos del estado. Éste, junto a otros elementos que iré relevando más abajo, tal vez hayan influido en que la novela pasara inmune frente a la censura oficial.

Tras esta sección, se nos presenta yuxtapuesta la escena en la cual los tres astronautas comienzan a explorar la nave en la cual vivió Natasha, ahora abandonada y vagando por el espacio. El relato de aquí en adelante estará cargado de toda una serie de imágenes propias del género y específicamente del contexto de la guerra fría. El espacio exterior se nos presenta como un lugar que ya tiene años de haber sido conquistado por los humanos y no deja de llamar la atención el hecho de que todos los personajes que lo transitan son rusos. La cosmonáutica, un derivado del complejo militar industrial, marcadamente consume cantidades insólitas de recursos, como en tecnologías delicadas o en metales preciosos, como el platino.¹⁶ Se nos dice que en el momento de hallar el diario de Natasha la humanidad hacía 30 años que había salido del sistema solar y hacía 40 o 50 que había colonizado Marte.¹⁷ La carrera por la conquista del espacio fue un *locus communis* de esta generación de escritores, asediada por la prensa y que veía un inminente futuro desarrollo de la humanidad vinculada a ella. Bulychev llega a imaginar un diálogo en el cual los astronautas de mediados del siglo XXI tendrían tan en claro las fechas de los hitos soviéticos¹⁸ al punto que uno habrá de lamentarse que Natasha hubiera muerto un año antes

¹⁶ Esta marca de la guerra fría puede hallarse más claramente en otros relatos que acompañan a *Media Vida* en el mismo volumen. Por ejemplo, en Kirill Bulychev, “Yo fui el primero en hallarlos,” en *Media Vida...*, pp. 83-102.

¹⁷ Es sintomático cómo en el capítulo 1F13 de *Los Simpson (Deep Space Homer)* de 1994, otra generación ya fuera de la guerra fría, se mofa del desinterés de la gente común por temas espaciales, tan en boga no muchos años antes.

¹⁸ Probablemente como forma de sonar no molesto al régimen no registra los hitos norteamericanos.

del Sputnik y otro habrá de contestarle que efectivamente estaba viva cuando Gagarin efectuó su vuelo (p.47).¹⁹

Hay una serie de guiños al lector que ponen en profunda duda al duro positivismo que caracterizó a la Unión Soviética. Por ejemplo, cuando Pavlysh²⁰ se encuentra con una hoja escrita en ruso que decía “Mi nombre es Natasha” (p.30) y que luego se desintegra al ser tocada, él se permite dudar de su percepción de la realidad. Desde el control se le reclama que como explorador y fisiólogo sea racional y que se libre de sus alucinaciones, que seguramente provenían de su cansancio. Otro ejemplo puede hallarse cuando Pavlysh se da cuenta de que vivir sin una hipótesis de trabajo le resulta desesperante, lo enloquece no poder aprehender la realidad (en este caso, no saber quién es esta Natasha cuyo diario aún no halló) y le resulta terriblemente desafiante el realizar una aproximación *desnuda* a los hechos.

Aquí comienzan a perfilarse algunos paralelismos entre personajes que recorrerán toda la novela. Natasha, los prisioneros de la nave y Pavlysh serán retratados como humanos con todas sus imperfecciones (a pesar de que los otros prisioneros de la nave no son humanos). Frente a ellos estará siempre lo impersonal, lo inhumano, encarnado tanto por la nave, *La Máquina* (el cerebro de la nave) y sus soldados, como muchas veces por las voces de Dag y de Sato, quienes desde la lejanía y vía el altavoz dan instrucciones a Pavlysh. Si el lector descubre esta clave pueden seguirse fácilmente las reflexiones que Bulychev va sembrando en todo el relato. Los primeros pueden verse representantes de gente común, con sentimientos, debilidades, dudas, voluntades diferentes, etc. Los segundos, como el régimen soviético, que somete voluntades, que tiene objetivos precisos, que frecuentemente comete actos aberrantes por seguir su propia lógica y no observar las necesidades de sus gobernados.

¹⁹ Sólo al pasar quisiera mencionar que evidentemente existe todo un conjunto de incrustaciones de referencias tecnológicas del presente del emisor, en la década de 1970. Ejemplo de ello son las cámaras de fotos con películas (p.28), y la ausencia de técnicas que hoy utilizaríamos para realizar acciones que los personajes ejecutan como en ese presente (por ejemplo, el hecho de tomar notas a mano en vez de con una computadora o con un scanner, p.27).

²⁰ Desconozco hasta qué punto Bulychev conocía los avances teóricos en arqueología en el momento de escribir su libro, pero probablemente su formación como historiador lo haya tenido relativamente al tanto. Su personaje Pavlych al enfrentarse a la cultura material remanente en la nave tiene una aproximación a ella concordante con la arqueología postprocesual. Busca permanentemente al individuo detrás de los objetos, su contexto y qué intentó expresar. Véase Ian Hodder, *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales* (Barcelona, 1994), pp. 15-32, 93-118, 133-165.

“Supongo que el ser humano es capaz de adaptarse a cualquier situación. Incluso al cautiverio,” sostiene Natasha (p.37). Esta frase, en el contexto del libro, es decírselo directamente al régimen soviético. Ella, Natasha, fue presa de una nave que la sacó del curso normal de su vida y la obligó a someterse a una rutina y a una sumisión en un ambiente que le resultaba insalubre. En su avance por el espacio la nave va atrapando cautivos (p.39) que son encerrados en jaulas. Algunos caen enfermos y mueren; otros se adaptan mal o bien, pero todos sufren.

Las referencias a cómo percibía probablemente Bulychev la vida que él y muchos llevaban en la Unión Soviética están contenidas, una vez más, en las descripciones de la rutina de Natasha. El ambiente de monotonía en el cual vivió los años de cautiverio la agobian y termina trabajando duro como una forma de no morir de aburrimiento. “El clima aquí es siempre igual”, sostiene (p.39). Se nos da una descripción de una inmovilidad permanente, pesada y, hasta ese momento, casi inalterable. “Si alguien me hubiera dicho alguna vez que me encerrarían en una terrible prisión y seguiría viviendo mientras todos me consideraran muerta, hubiera perecido realmente de terror. Y sin embargo, estoy” (p.40) escribió Natasha. Hay momentos en que su tormento es tal que no sólo envidia a los que fueron apresados en grupo y al menos se tienen entre sí como compañía (p.39) sino que prefiere el destino de un ave que al intentar huir resulta muerta (p.44).

Una descripción de las condiciones físicas de la nave nos puede ayudar a entender cómo sobrellevaba su vida como ser humano. “Percibía una sensación de extrema ligereza; generalmente aquí todo es más liviano que en la Tierra” (p.46), afirma. El clima de desazón en el cual vive Natasha se ve acentuado cuando describe cómo trataban de alimentarla (pp.47-48). Para ello habían sido torpemente recogidos en la Tierra algunos objetos. Tras haberla estudiado dormida para saber qué necesitaba y en qué proporciones, elaboraron para ella una pasta de gusto extraño.²¹ “Una comida de lo menos apetecible,” que sacia el hambre, “de manera que no muriera de inanición. Sin embargo no tenían la menor noción de lo que significaba el gusto.” Bulychev, siguiendo con el paralelismo que propongo, estaría sugiriendo que el régimen que regía a su sociedad le había sacado el gusto a la vida. Era un régimen que dejaba vivir, pero que permitía sólo una vida insulsa, orientada

²¹ Ésta es una nueva referencia en contra del positivismo soviético, en su afán de creer conocer las necesidades de los individuos sólo aplicando la ciencia. De hecho, Natasha también relata el episodio de una gatita que en lugar de leche recibe alimento sintético, lo cual le provoca la muerte (p.50).

únicamente a sus propósitos. En la nave, dice Natasha, da lo mismo que hayan transcurrido dos años que siete. Por más que ella lleva una cuenta de los días, el tiempo parece carecer de sentido (p.49). Frente a ello a Dag, en busca de verdades científicas, sólo le interesa esto si eso altera el reloj biológico; por el contrario, Pavlysh, desde una perspectiva más humana, no lo percibe así.

Nada inocente en este sentido es un detalle que se cuelga en el relato, el hecho de que en la nave no hay espejos, y que las superficies que funcionan como tales no reflejan la realidad, pues son coloreadas, convexas, o deforman (p.49).

El recuerdo de la tarde en la que fue secuestrada, creo, es equiparable a la visión del autor de la Revolución Bolchevique. Es muy llamativo que en ningún momento condena a ese hecho, y de hecho, como lo desarrollo más abajo, hay una exaltación de este tipo de cambios que quiebran con una rutina asediante. Lo tilda de extraordinario no tanto por la calamidad que sobrevino, sino “porque aquel día algo en mi vida debería haber cambiado, pero para mejorar. Por supuesto, nada resultó de esa forma” (p.40). Vale decir que, coherentemente con lo que sigue en el relato, la condena está puesta sobre el régimen y la asfixia de las esperanzas que en el quiebre de su rutina estaban depositadas, y no sobre el quiebre en si mismo.

Podemos percibir también la exaltación de ciertos valores claramente ajenos al sistema soviético que son presentados bajo una mirada positiva, encarnados en Natasha, el personaje humano por antonomasia y en el cual muy probablemente estemos escuchando en forma repetida la voz del autor. Uno de ellos es la religión. Natasha se lamenta el ser atea (p.36), pues de haber sido creyente podría poner toda su fe en Dios y reconfortarse pensando que sus sufrimientos en la nave no son más que una prueba del cielo. Otro tanto ocurre con el deseo de trascendencia, presente en el mismo hecho de que la protagonista dejara sus escritos. E inclusive hay momentos en que ciertas cuestiones consideradas tan banales como cortarse el pelo o el deseo de saber qué ropa está de moda asaltan el pensamiento de Natasha (p.62).

Bulychev previene al lector respecto de lo detallado del relato y pone en los escritos de Natasha una justificación. El minucioso diario que ella lleva se explica en tanto que enfermera comprende “la importancia de un diagnóstico correcto, y para llevarlo a cabo, es imprescindible conocer todos los detalles” (pp. 41-42). Procura que, de caer este diario en

manos de un experto, sepa éste resolver algún caso similar. No me parece descabellado filiar en algún punto este tipo de ideas del autor con las que en su momento tuvo Hippolyte Taine²² respecto de su sociedad y que luego heredaría el positivismo científicista, de hacer un correcto diagnóstico para poder encontrar la cura a los males sociales.

Por supuesto que el autoritarismo del régimen no se escapa del relato. Bulychev lo muestra en múltiples situaciones donde la voluntad y el criterio de un personaje humanizado choca con los deseos de uno no humanizado. El caso más claro es la decisión de Pavlysh de no leer un fragmento del diario de Natasha por considerarlo demasiado privado tras lo cual recibe inmediatamente una respuesta de Dag diciéndole “¿Y quién demonios eres tú para decidir lo que debe ser leído o no?” (p.40).

En la descripción del régimen que se vivía en la nave una mención especial merecen los llamados *glupys* (en ruso, глупый, es decir, tonto). Equiparables a la infinidad de burócratas, soldados y policías de la gigantesca maquinaria estatal de la Unión Soviética, son los encargados de realizar casi todas las tareas rutinarias que son necesarias para que la nave funcione y cumpla su misión en el espacio. Son quienes atrapan a los prisioneros, los que los custodian, los que impiden la comunicación entre ellos, los que los alimentan. Incluso hay un cierto número que está simplemente de reserva (p.70). Están hechos de metal y requieren ser recargados periódicamente; es más, cuando la nave esté débil necesitarán más tiempo para ser recargados y asestarán castigos más débiles (p.71). Si bien la mayoría tiene una forma de tortuga (p.51), hay algunos diferentes, como el carcelero (p.58), o el fuerte vigilante del comando central (p.72). A los desobedientes los castigan con shocks eléctricos (p.56), y de ese modo les enseñan las conductas permitidas (p.57).

Estos *glupys* responden directamente a La Máquina, el cerebro de la nave, un dispositivo que abarcaba toda una pared en un cuarto alejado (p.48), y de la cual siempre esperan órdenes para actuar; jamás lo hacen por sí mismos (p.59) y cuanto mucho se limitan a dar una señal de alarma. De todos modos, Natasha se da cuenta de que desconoce completamente la identidad de los verdaderos amos de la nave, tripulada sólo por robots. A pesar de haberlos considerado “verdugos, torturadores y fascistas” (p.49), Natasha afirma que “mi rabia hacia los *glupys* ha desaparecido hace largo tiempo ya; comprendí que sólo cumplen órdenes, como los soldados. Excepto que los soldados son capaces de pensar,

²² François Furet y Mona Ozouf, *Diccionario de la Revolución Francesa* (Madrid, 1989), pp. 864-872.

mientras que los glupys no,” (p.48). Bulychev posiblemente estaba instando a reflexionar a sus lectores, a los miles de seres humanos que cumplían órdenes del estado sin reflexionar en las consecuencias de lo que hacían. Su público, en tanto conjunto de humanos, debía tener la capacidad de darse cuenta que eran los verdaderos perpetuadores de esa sociedad que describe; los instaba a pensar que no eran robots, que podían no ser pasivos ejecutores de la voluntad del régimen, que era plausible desobedecer y resistirse a él.

Natasha intenta explicarle al cerebro, a través de los glupys, que es mejor establecer contacto con la Tierra en lugar de someter humanos. Pero los glupys son incapaces de transmitir el mensaje. De hecho, ninguno de los superiores estaba ahí, dado que la nave era pilotada en última instancia desde un planeta lejano (p.52).

Tras cuatro años de viaje Natasha descubre un museo en donde se conservan organismos muertos (p.45). El descubrir que en el futuro ella terminaría en uno de sus frascos la aterró y le confirió una meta a su vida, el luchar por su libertad. Natasha se vio reflejada en la desgracia con otro ser, un *dragón*, muy distinto de ella, pero al que pronto le confiere una serie de características humanas (p.50). Puede darse cuenta que este dragón podría tener una vida, un pasado del cual fue arrancando, como le sucedió a ella también. Incluso tiene una comunicación extrasensorial con este ser, y que no la tiene con los glupys, lo que le permite desarrollar un vínculo y actuar como su enfermera durante su agonía, situación para la cual en la nave no existe otro ser capaz de hacerlo.

A Natasha, a diferencia del resto de los prisioneros, se le permitía vagabundear y no estaba obligada a permanecer en una celda. Sobre esto ella elucubra dos razones (p.51). Por un lado, podía deberse a que se habían dado cuenta de que no era un ser peligroso. Y, por el contrario, la usaban (aunque si tenían que castigarla cuando desobedecía, lo hacían). Por otro lado, ella sospechaba que el jefe real debía ser similar a ella. No obstante, al observarse como beneficiaria de este pequeño privilegio, sentía

que no estoy en mejores circunstancias que las demás criaturas, encerradas detrás de las barras, o confinadas en pequeños cuartos. La única ventaja de que dispongo, es que mi prisión es un poco más espaciosa que la de ellos. (pp.51-52).

Es decir, este planteo de Bulychev, coherente con lo que afirmaba más arriba y una vez más extrapolable a su sociedad, muestra que algunas ventajas relativas que algunos podían

tener, no eran más que tenues alivios a un sistema opresivo y que de ningún modo eliminaban el carácter de prisioneros al que todos estaban sometidos.

La llegada de unos seres a los que Natasha por su similitud física llamará holoturias, habrá de marcar el curso de la historia. Aquí es donde Bulychev de modo más explícito reivindicó la necesidad de un cambio revolucionario en su sociedad, donde hace más claro su llamamiento a resistirse y a levantarse en contra del sistema. Como decía arriba, Natasha había encontrado un propósito para su existencia, el recuperar su libertad. Sabía que podría ser asesinada impunemente y sin el menor miramiento si intentaba escaparse (pp.57-58). Además era consciente de que no sería capaz de ir en contra de la tecnología que la mantenía presa. Las holoturias son los personajes más fuertemente humanizados después de la misma Natasha. No sólo están en el mismo compartimiento y en la proximidad espacial de ella por el hecho respirar una atmósfera idéntica sino que pronto descubren mutuamente que comparten el mismo anhelo de liberarse. En un principio las halló repugnantes por su aspecto,²³ pero luego comprendió que tal vez ella sería igual de monstruosa para ellos. No tardó mucho en descubrir que las holoturias podían pensar y que además lograron imitar su habla con lo cual, además de un vínculo extrasensorial que las holoturias eran capaces de establecer, se pudieron comunicar verbalmente.

La Máquina había dado órdenes explícitas de mantener una vigilancia especial sobre las inteligentes holoturias (p.60), razón por la que el reunirse abiertamente con ellas tornaba sospechosa a Natasha. Sin embargo, eso no impidió que comenzaran a planear juntos el escape, que desde ese punto, tuvieran o no éxito en su empresa, ya la consideraban como algo mejor que lo que habían venido viviendo. El plan implicaba que no estarían atomizados, que se mantendrían unidos y que todos se cuidarían a sí mismos de los peligros que asechaban puesto que cada uno con su función era fundamental para lograr el objetivo. Por ese privilegio de poder circular libremente, Natasha sería la encargada de mantener la comunicación entre las celdas de las holoturias (p.62). Aquí Bulychev, más allá de introducir todos estos llamamientos a unirse para resistir, cambia el tono del relato e incluye ahora un vocabulario netamente de guerra. Por ejemplo, Natasha, ahora ya

²³ En esto Bulychev sigue un patrón muy presente en la literatura rusa hasta nuestros días, el de deducir rasgos de la personalidad de alguien a partir de una minuciosa descripción del aspecto físico. Lo hará también para Sofía Petrovna, la nieta de Natasha (p.79).

descripta como toda una revolucionaria, se va en una misión “más allá de las líneas enemigas” (p.62).

El camino que el grupo ha tomado se torna peligroso. Algunos terminan sacrificándose por el bien común, como cuando Bal, una de las holoturias, es asesinado al intentar transmitir los planos del comando central (p.64).

En un momento se abre una coyuntura que les es favorable. La nave comienza a tener dificultades técnicas, que se perciben en un descenso de la temperatura. “Yo siempre había pensado que el navío duraría eternamente. Como el sol” (p.65), escribió Natasha. Si pensamos que Bulychev escribió esto a finales de la década de 1970, la analogía es evidente. La nave se va tornando más y más fría. En paralelo, el grupo fue comprendiendo cómo funcionaba la nave. Descubren que no es tan compleja, pero que sí sería difícil de dismantelar.

El deseo de liberarse no le impide a Natasha saber que, de tener éxito, jamás volvería ella a la Tierra, sino que terminaría en el planeta de las holoturias, destino que prefiere sin titubeos frente a la existencia desgastante, mediocre, sin sabores y sin propósitos propios que le ofrece la nave. Bulychev va poniendo en Natasha todos los atributos de un revolucionario. Nos da una imagen de un increíble altruismo, de una mujer que si bien no regresaría a su hogar por lo menos ayudaría a otros a que lo hicieran. La circunstancia favorable despertó en Natasha las esperanzas de recuperar algo de su vida pasada y el darse cuenta que a pesar de los años que llevaba presa no había perdido un ápice de sus características humanas (p.65). También en Natasha encontramos a un ser humilde, que se sabe incapaz de conocer qué hay en las mentes de los otros seres, ni siquiera de los más sencillos (pp.68-69).

Cada uno aportaría algo a la causa, según sus posibilidades (p.69). Las holoturias descifrarían la tecnología pero Nastasha por su altura podía alcanzar físicamente la escotilla de las puertas para abrirlas.

Saben que una vez iniciado el levantamiento sería irreversible e impredecible (p.70). Aquí hay un cambio en la densidad temporal, se entra en una fase de aceleración de los acontecimientos, momento en el cual a Natasha le parece más importante aún contar su propia historia y dejar registro de ella. De todos modos el momento de la huida en sí misma

ya no está registrado en el diario. Aquí es Pavlysh quien, a partir de las evidencias que encuentra, repone hechos y reconstruye la escena.

A la vanguardia de las holoturias, pero siempre todos juntos, Natasha va abriendo una a una las puertas que los conducen hasta la Máquina. Herida y golpeada por los ataques que recibe, sigue adelante con su propósito (p.72). En el proceso van surgiendo imprevistos, algunos favorables y otros no. Es el caso de la llamarada brusca que calcina a una de las holoturias y a muchos glupys (p.73). Lo mismo ocurre al llegar a la última puerta, que se abre sin resistencia (p.72). Después de tanto luchar y arriesgar la vida, al llegar a la Máquina se encuentran con algo muy simple. Natasha “se decepcionó” (p.74) al contemplar su aspecto. “Durante muchos años había tratado de imaginarse al Amo de la Nave, y siempre lo había dotado de rasgos aterradores. Nunca se le había ocurrido que La Máquina carecía de una personalidad definida” (p.74), escribe Bulychev.

Finalmente las holoturias logran contactarse con los de su planeta (p.74) que ahora desde lejos controlan la nave. La Máquina termina cediendo al nuevo control de los rebeldes, pero en su interior había un pequeño comando que le ordenaba cesar completamente su funcionamiento en caso de que alguna fuerza exterior intentara dirigirla. Y eso es lo que ocurrió. No me parece descabellado pensar que Bulychev quiso mostrar en este lugar una caricatura de los reaccionarios que siempre defenderían a un sistema, más allá de la total irracionalidad.

La huida comienza bruscamente. Deben escaparse en una de las lanchas lo antes posible, puesto que el sistema se desarma fácil y rápidamente (p.76). En el apuro, Natasha va cargando casi sin fuerzas y sin aire para respirar las últimas provisiones para el viaje. A último momento recuerda a los seres más simples que había encontrado, unas burbujas que habitaban en una caja, y corre a ponerlas en la lancha. En ese instante es aniquilada por el último glupy en funcionamiento, del cual se había olvidado, y que tras esta descarga quedó inactivo e inmóvil. La lancha, finalmente, pudo partir sin ser dañada.

Más de cien años después de este hecho es Pavlysh quien al encontrar al glupy apagado, las marcas del rayo y las cenizas de Natasha, reconstruye estos dramáticos últimos momentos. En su regreso a la Tierra, y en medio de un escándalo de la prensa que habla ahora del “primer ser humano en el espacio” (p.80), típica preocupación de quién llegaba primero a un objetivo durante la guerra fría, se entrevistará con la nieta de Natasha, a quien

se le revelará una fotografía en donde se ve en un lejano planeta un monumento que homenajea a su abuela (p.82).

Conclusiones

A 50 años del célebre vuelo de Yuri Gagarin y de la locura que embriagó al mundo bipolar de buena parte del siglo XX, me parece que esta novela corta es un excelente ejemplo de su época.²⁴ No sólo por el género al que pertenece y por los temas que trata, sino por la astuta perspectiva en la que coloca el autor a sus lectores.

A su modo, esta obra de alguna manera parece cumplir con las particularidades de la literatura rusa de ciencia ficción que enumera Tucker comentadas en la introducción de este trabajo. Sin el menor atisbo de realismo socialista, encontrar este tipo de obras escritas durante el período más duro de los tiempos de Leonid Brezhnev y que circuló no como *samizdat* sino legalmente tanto fuera como dentro de la Unión Soviética, hace dudar fuertemente del sentido común occidental de una sociedad aplastada por un sistema totalitario, que impedía reflexionar a los individuos sobre su cotidianidad y que los obligaba en todo momento a producir discursos puramente acordes al sistema soviético.

Más allá de que nunca hubiera ocurrido esta nueva revolución que reformulara a su sociedad, estremece ver la precisión con la que, desde la distancia en el tiempo en la que nosotros estamos parados, supo predecir la violencia con la que se desmontaría el aparato, la brutalidad de sus últimos manotazos y lo increíblemente vulnerable que resultaría frente a sus enemigos.

Hábil para llevar a la reflexión sobre los males de su tiempo y a la vez escapar de la represión que acompañaba a la censura, Bulychev nos presenta en *Media Vida* una suerte de *Animal Farm*, de George Orwell, pero *desde adentro*. Mucho menos grotesco que este libro, la obra no parece buscar identificar personas reales con personajes ni descalificar totalmente a su sociedad, sino simplemente mostrar las aberraciones de un sistema que cada día perpetuaba sus errores y los profundizaba, alejándose así cada vez más de las necesidades de los individuos inmersos en él. Por todo lo expuesto hasta aquí, y como decía

²⁴ Para un relato reciente y bastante detallado sobre las implicancias políticas nada despreciables que tuvieron los hitos de la carrera del espacio durante toda la guerra fría, véase Matthew Brzezinski, *La conquista del espacio. Una historia de poder* (Avellaneda, 2008).

en la introducción, me parece pertinente insertar a Kirill Bulychev en la extensa tradición rusa de discutir temas políticos a través de obras literarias.